

EPISTEMOLOGÍAS PARA NUEVOS FUTUROS

Muchas veces parece que el campo de la epistemología pertenece a la Academia, a élites intelectuales alejadas de los debates presentes en la base social. La epistemología se incluye dentro del campo de estudio de la Filosofía, disciplina que, para muchas personas, puede resultar completamente inaccesible en un primer acercamiento a ella. Hasta la propia palabra es complicada: e-pis-te-mo-lo-gía. Nada más y nada menos que seis sílabas. Sin embargo, pensar en la epistemología implica reflexionar sobre los marcos de pensamiento que transitamos a lo largo de nuestras vidas, y en los que se basa nuestro aprendizaje. Esas maneras de conocer tienen muchísimo que ver con las propuestas de sociedad que creamos. Y, si en dichas propuestas sigue habiendo colectividades que no se sienten incluidas en los procesos, habría que preguntarse: ¿se puede pensar en el futuro sin cuestionar las raíces del pensamiento?

Pensar sobre nuestro modo de pensar y conocer tiene impacto en las alternativas que imaginamos. Si la precariedad y el individualismo asociados al neoliberalismo actual nos paralizan y nos niegan el futuro colectivo, es necesario crear colectivamente nuevas estrategias y espacios en los que tengan cabida nuevas formas de imaginar. Incorporar entonces otras epistemologías que se salgan del marco neoliberal se convierte en un ejercicio político central, pues, en palabras del antropólogo David Graeber en sus *Fragmentos de antropología anarquista*, “todas las formas de violencia sistémica son asaltos al papel de la imaginación como principio político”. Con esto, quiere decir que la imaginación es una herramienta de emancipación. Y la imaginación no es un ejercicio que surge de manera espontánea en los seres humanos, sino que viene determinada por un contexto sociocultural concreto, y, por supuesto, con las epistemologías que cimientan nuestro pensamiento.

La puesta en práctica de epistemologías alternativas, es decir, de nuevas -o viejas, pero revisitadas- formas de pensar y conocer, es clave en el proceso de creación de nuevos sistemas de organización económica y social. Si las epistemologías occidentales tradicionales nos empujan a un individualismo exacerbado, hay que buscar cómo poner en práctica epistemologías que nos lleven a pensar en lo colectivo. Tenemos que orientar los espacios de producción de conocimiento a lo colectivo, poniendo en común herramientas que nos permitan emanciparnos. Dice Remedios Zafra en su libro *El entusiasmo: precariedad y trabajo creativo en la era digital* que “cuando el triunfo individual implica el fracaso de los demás es en gran medida un fracaso colectivo”. Actualmente, cuestionar la epistemología hegemónica, que es mercantilista, patriarcal y extractivista, supone, por ejemplo, poner en duda ese “desarrollo sostenible” y la “economía verde” que están presentes en tantos planes empresariales que nos prometen un futuro ecológicamente sostenible sin hacer ni un solo cambio de raíz en el sistema económico. Es a partir de haber cuestionado el pensamiento hegemónico cuando se puede empezar a pensar en nuevos marcos que saquen de una vez el crecimiento económico del centro de la ecuación, como reclaman las propuestas decrecentistas.

Sin una epistemología que tenga en su centro lo colectivo, quedaremos atrapados en la crisis de alternativas en la que, como afirma Xochitl Leyva Solano, nos encontramos. Pero la acción política tiene que ir encontrando huecos en este sistema neoliberal y, para ello, hay que tener en cuenta que las formas de producir conocimiento importan. Principalmente, porque, la mayoría de las veces, no salen de la lógica neoliberal y mercantilista que se cuele cada vez más

en nuestras vidas; a veces, incluso la fomentan. Para liberar el conocimiento del capital hay que acercarlo a espacios colectivos, dejar que en ellos se toque, se transforme, y se convierta en una herramienta de emancipación y no de desposesión. Así, las propias colectividades se pueden replantar sus bases y, sobre todo, qué proceso siguen para crear y compartir conocimiento, plantear dudas, cuestionar certezas, desubicarse para reubicarse en otros paradigmas y, en definitiva, ampliar los imaginarios.

Por tanto, sí, epistemología es una palabra larga y complicada, puede que incluso desconocida fuera de ciertas esferas. Pero es que todo proceso emancipatorio o de colectivización es también largo y complicado, y no por ello debemos abandonarlo. Lo importante es encontrar la manera de hacer que ese proceso sea accesible para el mayor número de personas posible. Y lo mismo con la epistemología. Si nos asusta la larga tradición académica que tiene este campo y el lenguaje que se ha empleado para hablar de ello, habrá entonces que hallar una forma de aterrizarlo en las cotidianidades y de acercarlo a espacios de reflexión colectiva. Los argumentos de autoridad no pueden servir para imponerse, sino como una base de la que partir para construir nuevas propuestas y trazar rutas de pensamiento alternativas. Así, podremos empezar a pensar en, y dar forma a, una epistemología de lo común y lo colectivo y al servicio de lo común y lo colectivo. Y quizá así nos acerquemos, al menos un poquito, a una realidad en la que, por fin, las subalternas no solo puedan hablar, como decía Spivak, sino también sean escuchadas.